Capítulo 1
Vothy

En lugar de cuatro estaciones, dos: la estación seca, la estación húmeda.

La casa en la que busqué refugio en mi último viaje, en una inmensa explanada de tierra sedienta, aparece ahora rodeada de agua en medio de un gran estanque. Las lluvias han pintado los paisajes moribundos de palmeras marchitas y arrozales resecos con los verdes imposibles de una acuarela. El río que me lleva hacia el sur, ¿no era hace tan sólo unos meses un camino de arena y piedras? Viajas a un país en la temporada seca y, cuando regresas, con el monzón, no lo reconoces. Es otro. La magia de las estaciones se repite todos los años al este de Suez, donde los días comienzan antes y el Dios Cielo decide qué sueños se cumplirán en esta estación, cuáles deberán esperar a la próxima.

El monzón lo es todo en Asia. Se le aguarda y se le teme, da la vida y la quita. Puede llegar a tiempo de frenar una ofensiva del Ejército en las junglas de Birmania o traer el hambre a millones de campesinos indios si se retrasa. El conductor de un *rickshaw* de Dhaka me explicó en una ocasión que el representante de Bangladesh se quedó dormido el día que se repartieron las tierras del mundo. «Nos dieron lo que sobraba», me dijo el hombre, decepcionado con una

tierra tan castigada por las lluvias que no es raro que se inunde un tercio del país, borrando fronteras que no siempre existieron. Para los soldados encargados de defender la patria esto es un problema, porque no saben dónde empieza o termina su territorio, la línea que los separa de los otros yace bajo el agua y en ocasiones confunden un bote con soldados del país vecino tratando de mantenerse a flote con una incursión enemiga. ¿Están a este o al otro lado? ¿Les ayudamos o disparamos?

La magia de las estaciones realiza el más increíble de sus trucos en el Mekong. El *Río de las Memorias Tristes* nace en el Tíbet, donde los pastores creen que un poderoso dragón vigila su fuente y garantiza su corriente eterna, pues el agua es la sangre que corre por las venas de las gentes que viven a su vera. Sin su flujo constante, la vida no es posible. Tras abandonar China, el río va enturbiando su color al atravesar el corazón del sureste asiático, convirtiéndose en gran parte de su recorrido en una inacabable fuente color café con leche, tal vez para ocultar las viejas traiciones, los pecados coloniales y las guerras incomprensibles que tanto daño han hecho a sus pueblos. El Mekong sigue después su curso serpenteando entre junglas y valles, bordeando Birmania y Tailandia, atravesando Laos y Camboya antes de morir, lleno de vida, en Vietnam.

El Tonle Sap, uno de los brazos del río, fluye en Camboya hacia el sureste mientras no hay lluvias, pero al llegar el monzón, con el súbito crecimiento de sus aguas, invierte su curso y se dirige al norte para abastecer el lago Tonle. Es el único río del mundo que cambia de curso. Sólo cuando las lluvias cesan vuelve a tomar su dirección natural hacia el mar del Sur de China. El milagro del cambio de dirección del Mekong es celebrado en todo el país con un gran festival y fuegos artificiales. Es, además, el inicio de la temporada de bodas.

Los intermediarios aprovechan que los corazones andan revueltos para recorrer los pueblos, hacer de celestinos y fijar enlaces por una pequeña comisión, siempre teniendo en cuenta los compromisos entre familias y el número de sacos de arroz que los pretendientes

ponen sobre la mesa. Los mayores aseguran que ha sido siempre así y que hay que respetar las tradiciones. Pero la única tradición que nunca muere en las aldeas del campo camboyano es la pobreza, que hace del amor un bien preciado, el único. Sólo un tonto estaría dispuesto a regalarlo.

Kong Thai y Touh Sokgan rompieron las reglas y se regalaron el suyo. Él tenía el cuerpo enclenque, la dentadura carcomida por el tabaco, el pelo rancio, una mujer y cuatro hijos de una fallida vida anterior. Sus mejores años se habían quedado en los arrozales; no iban a volver. Ella, la joven más pretendida del pueblo, tenía la piel tostada por el sol del trópico, los pómulos pronunciados, labios de algodón y pelo color ébano. Estaba destinada a casarse con alguien que tuviera al menos un pedazo de tierra y media docena de animales. No quiso escuchar los reproches de su familia: ese hombre no es trigo limpio, si te casas no vuelvas, no traerá más que desgracias. Sokgan y Thai decidieron dejar atrás la vida del monzón, cansados de esperar sus lluvias en los años que llegaba tarde y de desear que nunca hubiera llegado en las temporadas en las que descargaba toda su furia sobre la aldea. Se juntaron contra todo y contra todos, se dieron el sí en su pequeño pueblo de la provincia de Svay Rieng, junto a la frontera con Vietnam, y se marcharon a vivir su felicidad improbable a la capital.

Encontraron el hogar de los recién llegados: una habitación, un camastro, un ventilador, una ventana y muchas ratas, todo por un dólar al día. Sokgan se quedó a cuidar de la casa. Thai aceptó un trabajo como conductor de *rickshaw* en Phnom Penh. El número de *rickshaws* era entonces un buen termómetro de la situación del país. A más *rickshaws*, mayor el número de desperados. Cuando Kong Thai empezó su nuevo trabajo, a principios de los años 90, había más de 10.000 triciclos en la ciudad, conducidos de un lado a otro por campesinos recién llegados, veteranos de guerra que todavía conservaban las dos piernas, locos, desempleados y desgraciados varios. Camboya era un país roto por décadas de invasiones, bombardeos, guerra

civil y el genocidio de Pol Pot. Sus gentes no lo sabían aún, pero cuando todavía no se habían recuperado de ninguna de aquellas heridas, un nuevo holocausto había empezado a golpear el corazón de la sociedad. El sida, silencioso, se había colado en la vida de quienes tenían el encargo de sacar al país del profundo pozo de la miseria. Otra vez tú no, Camboya.

Sokgan no ha comprendido nunca cómo ese hombre enclenque y debilucho que le prometió una nueva vida en la ciudad guardaba fuerzas tras su dura jornada de trabajo para pedalear otros 11 kilómetros hasta los prostíbulos de Svay Pak, en las afueras de la ciudad, y gastarse allí la recaudación del día. Pero ya es tarde para lamentarse. Sokgan yace desnuda, sin fuerzas para disimular el pudor de un cuerpo que no reconoce como suyo, en la habitación de la segunda planta del *hospital ruso* de Phnom Penh. La joven ha asistido, poco a poco, a la decadencia de una belleza que se ha ido borrando como un óleo bajo la lluvia. Sus pechos han encogido hasta desaparecer, su rostro se ha aplanado, sus muslos se han contraído y su voz se ha apagado, pasa las horas llorando y las noches gritando de rabia. No recuerda la última vez que se miró al espejo. Al verla, acurrucada en el camastro, inmóvil, dudo unos segundos. ¿Vive? ¿Está muerta? Sólo quedan los huesos y, plegados sobre ellos, montones de una piel lánguida que sobra y no tiene a qué agarrarse y que da la sensación de que en cualquier momento podría deslizarse de su cuerpo, dejando su esqueleto al descubierto.

Thai debió introducir el sida en casa muy pronto, porque Vothy, su hija, también nació con el virus VIH. Bajo el camastro que madre e hija comparten en el *hospital ruso* hay una vieja maleta, de ésas que llevaban los antiguos comerciantes de perfumes, cuadrada, de falso cuero marrón y apariencia de tener importantes cosas en su interior, llena de remiendos y con las esquinas remachadas con metal. Todo lo que tienen está en esa maleta. El vestido rosa de Vothy, el vestido azul de su madre; un par de zapatos de charol de Vothy, las chanclas de su madre; los pendientes de Vothy, los pendientes de su

madre; un cepillo pequeño para Vothy, otro más grande para su madre. Un juego de casi todo y de casi nada para cada una.

Sokgan se había negado una y otra vez a ir al hospital porque pensó que, para morir, daba lo mismo un sitio que otro y, de todas formas, cada día se sentía con menos fuerzas para hacer un trayecto al hospital que dejaba siempre para mañana, mañana, mañana... Sólo cuando descubrió en su hija los primeros lunares, los mismos que le habían anunciado a ella el principio del fin, reunió las sobras de sí misma, miró a su marido con toda la rabia que había ido acumulando hasta entonces y le pidió que las llevara a las dos al hospital cuanto antes. Ellos dos podían morirse mañana, mejor si hubiera sido ayer, pero qué culpa podía tener la niña de que tú te gastaras el dinero del *rickshaw* en los prostíbulos de Svay Pak. Y no me mientas más, sabes que el médico ha dicho que el sida no se contagia con la comida, ni con el agua, sino con la debilidad, que siempre te ha sobrado.

Kong Thai pedaleó los 15 kilómetros de distancia entre la habitación familiar —una ventana, un camastro, un ventilador, una ventana y muchas ratas, todo por un dólar— y el hospital, con su hija y su mujer sollozando en la parte trasera del *rickshaw*, abrazadas a su maleta. En la entrada del hospital los enfermos hacían cola tumbados en el suelo, sin fuerzas para tenerse en pie, esperando que los muertos de hoy hicieran un hueco a los muertos de mañana. Pasaron varias horas hasta que, casi de noche, una enfermera llamó a las dos últimas pacientes y se iniciaron los trámites de su ingreso. En la parte superior de la ficha anotó la fecha: 22 AGOSTO 2000.

Nombre: TOUH SOKGAN. Edad: 27 AÑOS. Síntomas: MANCHAS EN LA PIEL, MAREOS, VÓMITOS, PÉRDIDA DE PESO, TOS, ÚLCERAS. Peso: 28 KILOGRAMOS. Estado: SIDA TERMINAL.

Nombre: KONG VOTHY. Edad: 5 AÑOS. Síntomas: MANCHAS EN LA PIEL, MAREOS, CAÍDA DEL PELO. Peso: 14 KILOGRAMOS. Estado: (PROBABLE) SIDA.

Sokgan zanjó el interrogatorio sobre su vida sexual ofendida de que la hubieran confundido con una prostituta. Dijo que sólo había tenido por compañero de cama a un conductor de triciclo.

Aunque por entonces muchas amas de casa estaban contrayendo la enfermedad de sus maridos, los médicos añadían el título de «prostituta» en los informes cada vez que diagnosticaban el sida a una mujer. El sida era la enfermedad de las putas, no de los clientes que iban a verlas.

Por último, la enfermera preguntó a las dos nuevas pacientes si tenían familia en algún lugar, esto era muy importante, dijo, porque si los padres morían antes que la hija y ésta se quedaba sola, y todo indicaba que iba a suceder así, en esos casos, y sólo en esos casos, el hospital se comprometía a llevar a la huérfana hasta el pueblo de los abuelos, tíos o primos, que la experiencia había demostrado que siempre había alguien bueno dispuesto a hacerse cargo.

Familia: NO TIENE.

Familia: NO TIENE.

Los camboyanos llaman a Preah Sihanouk el *hospital ruso* porque fue construido con dinero de Moscú durante la época comunista. El edificio para enfermos de sida está separado del resto y es el único que cuenta con una partida de dinero destinada a alimentar a los pacientes. En el resto de las secciones la comida depende de lo que traigan los familiares, pero aquí la mayoría no tiene a nadie y hay que darles algo de comer. Tras quedarse con algo de dinero por las molestias que le ocasiona su trabajo, el contable, que ocupa una diminuta oficina de la primera planta, distribuye los gastos con escrupulosa imparcialidad. Este mes: 12 céntimos de dólar por paciente al día. Dice el contable que es más que suficiente. Los enfermos de sida están desganados y no hay motivo para forzarles a gastar todo el dinero de su dieta. Tampoco es necesario tratar a los pacientes, para eso sí que no hay dinero y, de todas formas, ninguno tiene remedio. Los propios médicos tienen miedo a ser contagiados y no vienen casi nunca; las enfermeras, que ganan una miseria, menos incluso que el contable y que los médicos, sólo cubren la guardia si no tienen algo mejor que hacer ese día. Este lugar no es más que la antesala del cementerio, nadie puede esperar que ninguno de sus

inquilinos, pobrecillos, vayan a irse a ningún otro sitio, ¿qué sentido podría tener malgastar esfuerzos?

Espero a que Sokgan haga algún movimiento y me confirme que sigue viva antes de entrar en la habitación. Le pregunto algo estúpido, cómo está, y me responde con un llanto agudo, casi un grito. Las lágrimas significan más en Camboya. Los niños camboyanos aprenden siendo bebés que llorar no servirá de nada; los mayores agotaron las lágrimas en los años del genocidio, cuando esa lección de cuna quedó confirmada y fueron masacrados en los *campos de la muerte* de Pol Pot. Llorar no les sirvió de nada.

Sokgan hace una señal para que me acerque.

—La pequeña —susurra agarrándose a mi cuello— no tiene a nadie. Se va a quedar sola. Nadie la querrá. Tiene sida. ¿Me entiende? No tiene a nadie.

Vothy entra en la habitación segundos después, seca las lágrimas de su madre, le alcanza un vaso de agua y de un brinco vuelve a ponerse en pie. Junta las palmas de la mano junto a su pecho e inclina el cuerpo haciendo el saludo tradicional camboyano.

—¿Es usted extranjero de América? —pregunta.

A diferencia de su madre, hay luz en sus ojos. En realidad, Vothy es, con sólo cinco años, lo único realmente vivo en este lugar donde no sólo se espera que los enfermos se mueran cuanto antes, sino que lo hagan sin molestar. En las tardes de tedio, cuando todo es desolación, en esos días en que los pacientes parecen haber comprendido que no tienen a nadie y que se marcharán igual que llegaron, sin nada, Vothy se pone su vestido rosa y recorre las habitaciones, una a una, bailando, llevando comida a los pacientes y contándoles a todos que sí, que también ella tiene eso que llaman sida, y que no hay que preocuparse, porque ahora están a salvo en el hospital y los médicos van a curarlos a todos. Y si alguien deja una habitación libre, Vothy cuenta que tal o cual paciente se ha puesto bueno y se ha marchado a su casa. La forma en la que repite esa mentira que su madre le ha contado tantas veces está, en parte, detrás del cariño que

despierta en los demás. Nadie lo podría asegurar con certeza, pero todos sospechan que Vothy sabe que para ellos no hay esperanza. No es posible que no haya visto a los enfermeros llevándose los cadáveres, que no haya respirado el olor de la muerte que cada poco tiempo recorre los pasillos, que no haya escuchado a las madres llorar junto a sus hijas. Sí, probablemente lo sabe, pero aún así se alegra cuando alguien disimula y hace como si creyera sus increíbles historias de supervivencia en este hospital donde los certificados de defunción se preparan a la vez que los de ingreso. Vothy se ha convertido en la hija adoptiva de un lugar donde la certeza de la muerte lleva a la gente, primero, a negarse a estrechar vínculos y, después, cuando el viaje final ha comenzado, a aferrarse a cualquier afectividad, por pequeña que sea. Los enfermos llaman su nombre desde el pasillo para que venga a decirles algo, casi se pelean por tenerla un rato más, es su única medicina. Cuesta creer que el último aliento de vida del *hospital ruso* lo sostenga una niña de cinco años.

Vothy se ha hecho cargo de su madre desde que llegaron al hospital. Todos los días cocina arroz para ella, lava su ropa y le ayuda a vestirse los huesos. «Mamá tienes que comer». «Mamá no llores más». «Mamá, cuando salgamos de aquí...». Su padre, Kong Thai, viene de vez en cuando con una bolsa de mangos para la cena, espera a que Vothy se haya quedado dormida y hace el amor con lo que queda de su mujer. Tun, una joven camboyana de voz suave y largos cabellos lisos que mantiene abierta una guardería en la planta baja del hospital, maldice en jemer cada vez que ve a Thai por el pasillo.

—Su aspecto se ha deteriorado tanto que ya no le dejan entrar en los prostíbulos —dice Tun, perdiendo momentáneamente su dulzura—. Viene a acostarse con su mujer, a pesar de que apenas puede sostenerse en pie. Ella le deja hacer y no protesta, porque así nos han educado a las mujeres en Camboya. Es un hombre enfermo.

Las paredes de la guardería de Tun están cubiertas por dibujos pintados por niños que se fueron. Cuando aceptó el puesto que ofrecía la ONG Friends, Tun creyó que el suyo sería un trabajo más

y, sin embargo, aquí está, recogiendo los pedazos de su corazón cada dos por tres, pues la muerte de cada niño es para ella la pérdida de un hijo y la hunde en la más absoluta de las tristezas hasta que, con tiempo, recupera de nuevo esa mezcla de inocencia y bondad que hacen que guarde en algún cajón de su subconsciente la certeza de que los pequeños pacientes del hospital van a morir y no hay nada que ella pueda hacer para evitarlo.

Que ese vínculo que la une a los huérfanos del sida de Camboya se haya hecho especialmente fuerte con Vothy no podía sorprenderme. Me ha ocurrido a mí a los pocos minutos de haber conocido a la niña del vestido rosa y le ha sucedido a todo el mundo en el hospital, desde las limpiadoras a los pacientes moribundos que no tienen ya que disimular o regalar sentimientos. Tun ha decidido pelear hasta el final por mantener con vida a Vothy. Todas las semanas la lleva al hospital Kantha Bopha de Phnom Penh a ver al doctor Beat Richner. El médico suizo es el único que puede ofrecerle las vitaminas que mantienen sus defensas altas y evitan que una infección acabe con su vida en pocos días. Tun y Vothy se suben dos veces por semana a un *rickshaw* y cruzan la ciudad hasta el hospital del doctor Richner. Vothy disfruta de los viajes, saluda a la gente por la calle y se compra algún dulce antes de volver al *hospital ruso*.

—También allí hay gente como tú —me dice.

—¿Gente como yo?

—Sí, extranjeros. Médicos de nariz grande.

Vothy lo quiere saber todo de Europa, cómo son las casas y los príncipes, si hay autobuses de dos pisos y si las mansiones de los cantantes tienen grandes piscinas. ¿Se come allí arroz? Los vestidos, ¿son todos rosas? Y con cada pregunta se le escapa una sonrisa, porque los camboyanos, no importa lo que hayan sufrido, nunca han sabido amarrar su sonrisa. Con una sonrisa mataban durante el genocidio los verdugos de Pol Pot. Con una sonrisa he visto marcharse hace unas horas a uno de los pacientes del *hospital ruso*. Con una sonrisa se van agarradas del brazo de sus clientes las prostitutas

niñas de Svay Pak. Es como si, agotadas las lágrimas, sólo les quedara eso: la sonrisa.

Cuando llega el momento de marcharme, Vothy pregunta cuándo volveré. No pensaba hacerlo, pero prometo regresar después de un viaje por el norte del país y visitarla antes de volver a Hong Kong. Cinco días después estoy de nuevo en la habitación de la segunda planta. Sokgan sigue en su camastro —¿viva?, ¿muerta?—, pero Vothy no está con ella. Llega poco después corriendo por el pasillo, perseguida por otros niños y riendo a carcajadas mientras le gritan «no corras, *Sinpelo*, no corras, te cogeremos». El mote se lo ha puesto Tun. Un día, viendo a la pequeña mirándose triste en un espejo, decidió llevarla a la peluquería para que le afeitaran la cabeza y pudiera disimular las calvas que le había provocado la enfermedad. Quizá fue ése el día en que Tun y Vothy se hicieron inseparables.

Apunto con la cámara para fotografiar a Vothy mientras se acerca corriendo, pero cuando está a un par de metros de mí se para en seco, se pone seria y se tapa los ojos con las palmas de las manos.

—Un momento —dice—. Mejor con el vestido rosa.

Entra en la habitación donde yace su madre, se mete bajo la cama y arrastra la vieja maleta de vendedor ambulante hacia fuera. Coge su vestido rosa con hombreras y volantes, el vestido de las grandes ocasiones, lo levanta con los brazos y lo deja caer suavemente, contoneando los hombros y las caderas para ajustárselo del todo. Finalmente se ata el lazo de la espalda y dice:

—¡Lista!

Tendrían que pasar varios años antes de que regresara a este mismo lugar con aquella fotografía en la mano, para preguntar por la niña del vestido rosa, con la esperanza de que las medicinas que ya estaban salvando a miles de personas en Occidente hubieran llegado a tiempo para rescatar a Vothy y a este pueblo tantas veces traicionado.

Ocurre a menudo que el destino de países que no importan se decide a miles de kilómetros de distancia por esos otros países que sí

importan. La vida de sus gentes ha sido determinada antes incluso de que hayan nacido, a través de una cadena de circunstancias y de intervenciones que van definiendo su porvenir, sin que luego importe mucho lo que hagan para remediarlo. Su futuro es moldeado por políticos que jamás han estado en los sitios sobre los que deciden y que nunca podrían comprender la situación de sus gentes o ponerse en su lugar, líderes que nunca se han parado a pensar en las consecuencias que sus actos tienen en la vida de personas reales a miles de kilómetros de sus despachos. Camboya es uno de esos pueblos, un país habitado por gente con el destino robado.

El futuro de los camboyanos empezó a decidirse fuera de sus fronteras cuando EE. UU. intervino en el país apoyando el golpe de Estado que tumbó la monarquía del príncipe Norodom Sihanouk y bombardeando su territorio para eliminar supuestos campamentos guerrilleros durante la guerra de Vietnam. Los ataques americanos se tradujeron en miles de nuevos reclutas para la guerrilla comunista del entonces desconocido Soloth Sar, que más tarde pasaría a la historia de los grandes genocidas del siglo XX con el nombre de Pol Pot. El Hermano Número 1 entró victorioso en Phnom Penh en 1975, vitoreado por una población hastiada de guerra, decretó el Año Cero, el comienzo de todas las cosas, y puso en marcha la transformación del país en un edén proletario. La población de las ciudades fue enviada al campo, se desmanteló la economía del país siguiendo el modelo con el que Mao había llevado a China a la ruina y se inició la purificación ideológica de Kampuchea. El dinero, el correo y los periódicos fueron abolidos. Haber recibido educación universitaria, hablar un idioma extranjero, llevar gafas o vestir sin la suficiente modestia se convirtieron en razones suficientes para ser enviado a un campo de trabajos forzados. En la mente de Pol Pot, sólo los campesinos puros podían llevar adelante el sueño revolucionario. Angkar, la organización creada para controlar el país, sentenció a los demás con un lema simple: «Conservarte no es ningún beneficio, destruirte no es ninguna pérdida».

Miles de niños fueron conducidos a campos de entrenamiento, formados en el odio y reclutados para servir a un régimen comunista

que ponía a prueba su fidelidad obligándoles a ejecutar a sus propias familias. En todo el país murieron cerca de 1,7 millones de personas, un récord de rapidez y eficacia genocida si se tiene en cuenta que Camboya sólo tenía siete millones de habitantes y los jemeres rojos estuvieron en el poder tres años, ocho meses y veinte días. Todavía hoy, cuando visito Camboya, hago una prueba infalible que no deja de sorprenderme. Escojo al azar a una persona —el botones del hotel, el camarero del restaurante, la dependienta de la tienda de fotos...— y le pregunto cuál es su historia del genocidio. Y todo el mundo tiene una historia personal del genocidio que contar: uno o varios familiares muertos en prisión, el hijo desaparecido, el recuerdo de una ejecución, los largos años de hambre y tortura en campos de trabajos forzados. El genocidio camboyano, al contrario que otros anteriores y posteriores, a diferencia del Holocausto o Ruanda, no se produjo contra una religión, una etnia o un grupo determinado. Los camboyanos se eliminaron a sí mismos en un autogenocidio. Hermanos contra hermanos, amigos contra amigos, matándose por unas ideas que muchos de ellos no llegaron a comprender nunca. Que todavía no comprenden.

La invasión del Ejército de Vietnam puso fin a la locura de Pol Pot en 1978 e inició una dolorosa ocupación del país. Chinos y americanos, por razones opuestas, apoyaron a la guerrilla de Pol Pot en su huida, alargaron la guerra civil y dejaron abierta durante años la posibilidad del regreso de Angkar. La bandera de la Camboya de los jemeres rojos, la de los campos de la muerte, siguió ondeando en la entrada de la ONU en Nueva York en uno de los grandes ejemplos de cinismo político de la historia. Para las potencias occidentales no había nada extraño en pactar con el diablo: el enemigo de su enemigo era su amigo, aunque éste hubiera sido el ejecutor del *Holocausto de Asia*. La paz, frágil, no llegó hasta 1991.

Las calles de la capital empezaron a ser patrulladas poco después por 22.000 soldados y funcionarios civiles de la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas en Camboya (UNTAC). El *mundo desarrollado*, donde no siempre es fácil encontrar gente lo suficientemente desarrollada que justifique el título, acudía al rescate

del *mundo subdesarrollado*, donde a menudo ocurre lo contrario: encuentras a su gente, y su forma de entender la vida, lo suficientemente desarrollada para pensar que tampoco su título es merecido. Los camboyanos no podían creer su suerte. Toda esa gente llegada de tan lejos, tan distinta a ellos, dispuesta a ayudar a cambio de nada a este país atormentado. ¿A nosotros?

Una de las primeras cosas que hicieron las tropas extranjeras al llegar al país fue instalar prostíbulos para atender los cuarteles y llenarlos con las jóvenes de los barrios pobres de la capital, que vieron en los dólares la oportunidad de salvar a sus familias de la miseria. Poco a poco, los soldados de la UNTAC fueron ampliando la red de burdeles. Cada contingente quería el suyo —había participantes de más de treinta países, desde Camerún hasta Nueva Zelanda, desde Bulgaria a EE. UU.— y era de buen camarada invitar a las tropas de un país amigo a probar el burdel propio. Los soldados, policías y empleados de la ONU se emborrachaban, se peleaban en los bares, orinaban en los templos y abusaban de los camboyanos, disfrutando de la impunidad que les habían regalado. Había quienes habían llegado con la intención de ayudar, pero no pudieron evitar que la misión se convirtiera en un circo. Todos querían divertirse y, en aquel momento, si lo que querías era divertirte sin tener que dar explicaciones a nadie ni preocuparte por las consecuencias, no había sitio mejor.

El rumor de la llegada de los dólares extranjeros corrió veloz entre los más desesperados y las familias empezaron a llamar a las puertas de las bases militares ofreciendo a sus hijas. Cuando no queda nada de valor que ofrecer, cuando sólo queda la dignidad, también ésta tiene su precio. Recuerdo que en mi primer viaje a Camboya, caminando por las calles de Phnom Penh, me crucé con una madre que llevaba a su hija de la mano. La niña no tendría más de trece años.

—Diez dólares —me dijo mientras la muchacha bajaba la cabeza.

Pensé que me pedía limosna. La madre descubrió entonces los pechos todavía por formar de la niña en medio de la calle e insistió:

—Diez dólares, *Mister*, y es suya.

Las tropas de la ONU llegadas a Camboya no hacían más que continuar con la vieja tradición que había ligado la prostitución masiva del sureste asiático a la testosterona de los soldados desde que los americanos convirtieron la localidad tailandesa de Pattaya en su lugar de ocio durante sus permisos de la guerra de Vietnam. La prostitución, por supuesto, había existido en todos esos lugares desde siempre, pero los soldados sentaron las bases que la convirtieron en una industria comercial basada en la explotación, multiplicando el número de jóvenes dispuestas a entregarse al negocio y dejando una herencia que se ha mantenido mucho después de que recogieran sus petates y volvieran a sus bases. La industria ha crecido tanto que hoy necesita una renovación constante de nuevas jóvenes para alimentar un negocio en el que chicas de más de veintidós años son consideradas *antigüedades*, retiradas del mercado y sustituidas por otras. Con los años he asistido, viaje a viaje, a la renovación de la mercancía en las puertas de algunas discotecas de Asia, viendo como las niñas que ayer me pedían limosna en la puerta de un local terminaban ofreciéndose unos años después en la pista de baile. Recuerdo especialmente a Ngochien, una niña sordomuda que vendía flores en la puerta del Apocalypse Now, uno de los locales de moda de Saigón. La primera vez que la vi no tendría más de diez años. Cada año me la encontraba un poco más alta, siempre con las flores en la mano. Pero en una de mis últimas visitas a la ciudad Ngochien ya no estaba en la entrada del Apocalypse. La encontré en la pista de baile, vestida con una minifalda vaquera y un top amarillo. Se había tatuado la espalda. En una mano sujetaba un cigarrillo y en la otra una cerveza. Un turista agarraba su cintura de avispa y la estrechaba contra su barriga cervecera. La niña de las flores vendía ahora ratos de amor en silencio a tipos con los que no podía hablar y a los que, de todas formas, no tenía nada que decir.

Lo que hacía especial el caso de los soldados de la ONU llegados a Camboya era que una parte importante de la fuerza multinacional dispuesta a divertirse en el trópico estaba formada por tropas de países africanos donde el sida estaba causando estragos. El virus

no tardó en pasar fácilmente a las niñas camboyanas que llamaban a las puertas de los cuarteles, después a sus novios, a sus amigos, a sus aldeas. Miles de jóvenes del campo que viajaban a la ciudad para ganar un dinero para sus familias regresaron a sus pueblos llevándose con ellas el doble secreto de un trabajo que no era de camarera de hotel y una enfermedad de la que jamás habían oído hablar. Para aquellas adolescentes no había vergüenza en alquilarse a la hora, sino en regresar con los bolsillos vacíos, en no haber podido pagar la educación de los hermanos pequeños o las medicinas de la abuela enferma. Las casas de cemento, con estupendos pozos de agua e incluso electricidad, distinguían en sus villas las viviendas de las hijas que habían sabido ahorrar suficiente, símbolos del éxito a los ojos de nuevas generaciones dispuestas a probar su suerte.

La oferta estaba garantizada.

En el hospital infantil Kantha Bopha de Phnom Penh, el doctor Beat Richner fue de los primeros en detectar en 1993 que los casos de sida se estaban disparando entre la población camboyana. El médico suizo llegó al país por primera vez como un joven veinteañero en 1974, se puso a trabajar como voluntario en el hospital Bopha y un año después tuvo que huir cuando los jemeres rojos tomaron el poder. Volvió en 1991 para encontrarse el hospital en ruinas y decidió quedarse para reconstruirlo. El doctor toca estos días el chelo junto al *Río de las Memorias Tristes*, da conciertos por todo el mundo para recaudar fondos y atiende a niños enfermos en alguno de los tres hospitales que dirige en Camboya. El mundo, suele decir el doctor Richner, se ha convertido en un gran buque Titanic en el que «los pasajeros de tercera ven cómo las puertas de sus camarotes han sido cerradas para que puedan salvarse los de primera».

Richner no tardó en relacionar la epidemia de sida que vivía el país con los soldados y decidió ponerse en contacto con los mandos de la ONU para tratar de alertarles de la situación. Pidió en varias ocasiones que se impusiera a los soldados la utilización de preservativos y recomendó que fueran sometidos a pruebas para

determinar quiénes eran portadores del virus. El jefe de la misión, Yasushi Akashi, respondió que aquello era un problema de diversión que debía ser comprendido, los chicos estaban lejos de casa y tenían derecho a pasar un buen rato de vez en cuando. «*Boys will be boys*», fue su respuesta. En 1991, antes de la llegada de las tropas internacionales en lo que hasta entonces fue la mayor y más costosa operación de Naciones Unidas, las autoridades sanitarias de Camboya habían detectado un único caso de sida en todo el país. Antes de que acabara la década, el 4% de la población estaba infectada, se producían doscientos nuevos contagios cada día, el país tenía la epidemia de sida más grave de todo el continente asiático y 25.000 jóvenes se ofrecían en locales de alterne de la capital. La mayoría, menores de edad. Para entonces, los soldados hacía tiempo que se habían marchado. Los turistas y sobre todo los locales, que en contra de la creencia general mantienen gran parte de la industria del sexo en el sureste asiático, se limitaron a recoger el testigo, convirtiéndose en los nuevos clientes.

La demanda también quedaba garantizada.

Los eventos que habían llevado a Vothy hasta el *hospital ruso* de Phnom Penh habían empezado en los despachos de políticos sin escrúpulos y habían ido marcando su porvenir a través de una cadena de pequeñas grandes traiciones. Las dos últimas habían sido cometidas por aquellos que se ganaron la confianza del pueblo camboyano, vinieron con la misión de ayudar a su gente y terminaron por dejar una nueva herencia de muerte en un país desgraciado y, finalmente, por ese hombre que al terminar su jornada de trabajo seguía pedaleando su *rickshaw* hasta llegar a los prostíbulos de Svay Pak.

La primera persona que me habló de Svay Pak fue Veasna, mi inseparable guía en Camboya desde que le conocí en la entrada del hotel Princess de Phnom Penh en 1998. Hoy, con el paso de los años, no puedo imaginarme el aeropuerto de Phnom Penh sin verle

abriéndose paso con una sonrisa entre toda esa gente que acude a la entrada principal sin esperar a nadie, amontonándose junto a la puerta por curiosidad o porque no tienen nada mejor que hacer, y oírle decir, como si fuera la primera vez que nos vemos:

—*Welcome, Mister David*.

La historia de coraje y fuerza de voluntad de Veasna es de las que sólo se encuentran en los países donde nadie regala nada. Siendo un mozalbete pedaleó durante siete años un triciclo como el de Kong Thai, ahorrando poco a poco para comprarse una motocicleta, con la que siguió llevando clientes de un lado a otro de la ciudad hasta lograr un préstamo para comprarse un coche y hacerse taxista. Sus jornadas de trabajo de quince horas no le impidieron invertir parte del dinero en un curso de inglés, lengua que ahora habla mejor que algunos de los extranjeros que vienen a emborracharse a Phnom Penh, y después seguir sus estudios con el mandarín, porque el futuro, decía ya entonces, está en los turistas chinos que estos días invaden el mundo.

El día que Veasna mencionó la existencia de Svay Pak, me llamó al hotel para decirme que llegaba tarde. Un cliente se había demorado en la *granja de las gallinas*.

—¿Trabaja en el sector avícola? —le pregunté.

—No hombre —dijo Veasna soltando una carcajada—. Gallinas, niñas, ya sabes.

Al día siguiente recorrimos los 11 kilómetros hasta Svay Pak. En la entrada había un inmenso cartel que daba la bienvenida a los clientes en ocho idiomas diferentes: *Amamos el sexo seguro. Por favor, utilice preservativos*. Todas las casas del pueblo se habían transformado en burdeles, sin excepción. Al caminar, las puertas correderas de lo que una vez debían haber sido viviendas particulares y comercios se abrían a ambos lados de la calzada, dejando al descubierto a niñas y adolescentes disfrazadas de mujeres, embadurnadas de carmín, vestidas con llamativos trajes de charol y cuero falso, todas ellas contoneándose y llamando a los visitantes a gritos con las únicas frases que habían aprendido a decir en inglés. «*Eh, Mister, Mister, ¿short time? Have fun*».

Svay Pak era por entonces el único sitio de Camboya donde las brutales diferencias sociales del país eran inapreciables. Hombres ricos y pobres, extranjeros o locales, guapos y feos, altos y bajos, compartían las mismas habitaciones oscuras, trataban con los mismos chulos y contemplaban con la misma cara de ansiedad el pasear de las niñas hasta que cada uno elegía a la que más le gustaba. Los dueños ajustaban el precio dependiendo del cliente, y lo mismo se conformaban con los tres dólares que podía pagar un tipo como Kong Thai por una *antigüedad* de veintidós años que pedían 500 dólares a los europeos y americanos que venían con peticiones especiales, una niña «virgen de verdad» y no esas pobres adolescentes a las que se les reconstruye el himen.

Camboya se había convertido en el país donde lo inmoral se convertía en aceptable por el simple hecho de que podía hacerse. Phnom Penh se había ido llenando de criminales fugados, matones, macarras, mercenarios y padres de familia en plena crisis de la mediana edad, llegados por la necesidad vital de esconderse allí donde nadie pudiera reprocharles su mediocridad. Los países rotos son una terapia perfecta. En los restaurantes te tratan como a un primer ministro por ser blanco y espectaculares chicas que en tu país no te mirarían te sonríen por la calle. Puede que para los locales sea el infierno, para ti es el paraíso. Los balas perdidas del mundo habían encontrado su parque de atracciones. A Svay Pak le llamaban *Sexlandia* porque ninguna perversión era imposible en sus burdeles y no había que preocuparse de la ley: los policías, funcionarios y gobernantes que supuestamente debían aplicarla también aguardaban su turno. Luego estaba *Disneywar*, el campo de tiro instalado por soldados camboyanos junto al aeropuerto, donde podías lanzar una granada o descargar un AK-47 contra una vaca a cambio de un puñado de dólares. Y todo en *Marihuanilandia*, un país donde colocarse era tan fácil que los buenos de Sophol y Vi, una divertida pareja de camboyanos, habían abierto junto al río el restaurante Happy Herbs Pizza, donde las pizzas se siguen sirviendo todavía hoy «felices» o «muy felices» según la cantidad de marihuana que lleve la masa.

—El cliente siempre vuelve —me dijo entre risas Sophol el día que su pizza feliz me mandó a dormir la siesta al hotel.

Veasna me espera, como siempre, en el aeropuerto. Han pasado un par de años desde mi última visita al país y cuatro desde que conocí a Vothy en el *hospital ruso*. De camino al hotel, Veasna me pone al día de las novedades. Su madre ha vuelto a casa tras cumplir religiosamente con cinco años de reclusión en un monasterio budista, un retiro que se impuso tras descubrir a su marido con una amante mucho más joven que ella. Al volver de su encierro le pidió a Veasna que se casara con la hija de una amiga cuya dote era relativamente modesta: 650 dólares.

—Con el disgusto que tenía por lo de mi padre, no podía negarle su deseo de elegir esposa por mí. Así que dije que sí. Ahora tengo familia.

Cada dos o tres meses, Veasna, su mujer y su hijo recién nacido se suben al taxi y recorren la ciudad en busca de una casa, la alquilan, se instalan y esperan resignados la llegada de las ratas. Tapan los agujeros y ponen raticida, pero Veasna sospecha que el raticida está hecho de algún manjar del agrado de los roedores, porque cada vez son más, él compra más y más raticida y el tipo de la tienda hace más y más dinero. Cuando ya no hay forma de frenar a las ratas, Veasna, su mujer y el niño se vuelven a subir al coche, recorren la ciudad y buscan otra habitación: un camastro, un ventilador, una ventana y muchas ratas, todo, por un dólar al día.

Me entristece ver cómo todos los esfuerzos de Veasna por salir de la pobreza no han servido para nada. Sólo es posible sentir la humillación del fracaso si antes hemos dejado crecer en nuestro interior la expectativa del éxito. Sólo cuando invertimos nuestro orgullo y nuestro esfuerzo en un objetivo que nunca llegamos a alcanzar sentimos la frustración de no haberlo alcanzado. Para el campesino que no ha conocido otra cosa que la vida rural, cuyas expectativas se encuentran en una buena cosecha y una hija bien casada antes de los dieciséis, la vida en un país como Camboya siempre

será dura, pero nunca tanto como para tipos como Veasna. Él forma parte de esa minoría de gente con una inmensa capacidad de trabajo, una inteligencia, un espíritu emprendedor y todo lo que en un país de oportunidades le habría convertido en un hombre de éxito. Pero éste es el país de las no oportunidades, donde la valía personal no cuenta. En Camboya cuando te presentas a un empleo de funcionario sabes que se lo darán al primo de otro funcionario. Los puestos, en empresas privadas o en la administración, se reparten en función del parentesco. La corrupción está tan incrustada en el sistema, y tan aceptada, que se puede distinguir en qué aldeas viven las madres de los ministros porque las carreteras que llevan a ellas son las únicas asfaltadas.

El penúltimo día del mes es el día de los sobres en Camboya. Veasna tiene que dar uno al profesor de la escuela de su hijo, para que no le zurren; le da otro sobre al señor de la luz, para que no corte la electricidad los sábados por la noche; y uno a los vigilantes del aeropuerto, para que le dejen recoger clientes con su taxi. Conduciendo por la avenida Mao, cerca del hotel Intercontinental, nos topamos con un control de policía. Quieren registrar el coche.

—Buscan armas ilegales —explica Veasna—. Si encuentran una pistola, los mismos policías salen corriendo a venderla en el mercado negro. El antiguo dueño del arma necesita otra pistola. Va al mercado negro, busca por aquí y por allá y de repente ve una pistola que le gusta. Se parece mucho a la suya. «Vaya», dice, «pero si es la misma, ¿qué hará aquí?». La vuelve a comprar, hasta que la policía detiene su vehículo en otro control...

Veasna tiene la habilidad de describir el caos de su país con un peculiar humor negro que comparte con muchos otros camboyanos y que, con el tiempo, he comprendido es un antídoto contra la desesperación. Pero el Veasna que me ha recibido esta vez no es el de otras ocasiones: ha perdido parte de las fuerzas para seguir nadando contracorriente. Su humor está lleno de acidez y amargura. Me lleva al puente de la Amistad, donado por los japoneses, detiene el coche un momento y me dice: «¿Ves esa lancha de la policía? Está ahí las veinticuatro horas del día para recoger a las jóvenes desesperadas, hartas

de venderse en los burdeles, o los taxistas que, como yo, no llegan a fin de mes. La gente decide arrojarse al río. Pero es mala propaganda para el Gobierno, así que la lancha sale disparada y te recoge antes de que te ahogues. Te devuelven a la vida. Ni siquiera somos dueños de nuestra vida».

Por la noche, en Phnom Penh, vamos al Foreign Correspondents Club, un local de estilo colonial en el que todavía te puedes encontrar con el fotógrafo Al Rockoff, cuya vida interpretó John Malkovich en *The Killing Fields* (*Los gritos del silencio*), la película que mejor ha retratado el genocidio camboyano. A través de los ventanales se ven algunas luces en el río, son los barcos pesqueros que viajan río abajo aprovechando que las lluvias han cesado y la corriente ha invertido su curso hacia el mar de China. Hablamos de viejas aventuras y recordamos historias que Veasna me ha ayudado a escribir, aquella vez en el *hospital ruso*. Le muestro la fotografía de Vothy que he traído conmigo.

—Sí, la recuerdo —dice Veasna—. Era una niña especial. Aquel día no me atrevía a entrar en el hospital, tenía mucho miedo, no sabía si el sida se podía contagiar a través del aire. Hoy todo el mundo sabe que hay que ponerse un preservativo antes de *boom, boom*. Los camboyanos se ponen dos, porque los que fabrican aquí son muy malos y se rompen.

—¿Qué habrá sido de ella?

—Nunca volví a ese lugar. Probablemente murió. Este país es una mierda, ¿sabes? El otro día mi hijo cogió el dengue. Casi se me muere porque en ningún hospital le querían dar medicinas si no les pagaba un dinero por adelantado. Tuve que ponerme la única chaqueta que tengo y hacerme pasar por rico para que me dejaran pisar la sala de urgencias. Y esto en un hospital público. O vas donde el médico suizo o tu hijo se muere sin que a nadie le importe.

—Mañana iremos a verla.

—¿A quién?

—A la niña del vestido rosa.

He ido y venido tantas veces, a tantos sitios, con tanta prisa, que a veces tengo la sensación de haber estado sin estar. Los primeros años como corresponsal en Asia han pasado rápido, siempre con la inquietud de conocer otro sitio nuevo, ir a cubrir otro conflicto, realizar otro reportaje, poner otro sello en mi pasaporte. Puedo empezar la semana en Japón y terminarla en Pakistán, contar un lunes cómo niños de cinco años pican piedras en Bangladesh y terminar la semana narrando la última subida en la bolsa de Hong Kong. Con los años, ese periodismo urgente —ir a un lugar, tomar prestada la historia de su gente y marcharme sin más— ha dejado de ser suficiente. He empezado a rebuscar en viejos cuadernos de notas, he vuelto a releer historias de ayer y he descubierto el placer de regresar, quedarme, vivir cada lugar con la calma de no pensar en otro sitio más que aquel en el que estoy, saber qué ha sido de las personas de las que escribí tiempo atrás y tratar de contar el final de su historia. ¿Qué ha sido de Vothy? Si realmente me importa, y decenas de veces he pensado en ella mientras estaba en otros sitios, no he hecho nada para demostrarlo. Los años han pasado, he vuelto a Camboya y no he visitado el *hospital ruso*. En la próxima visita, me he dicho, el próximo año, mañana, mañana, mañana...

Veasna me recoge puntual en el hotel y nos dirigimos al *hospital ruso*. Llueve cuando llegamos. Algunos pacientes esperan moribundos en la entrada. Un muerto se va, otro ingresa. Subimos al segundo piso y nos encontramos con una enfermera en el pasillo. Dice que no recuerda a la niña de la fotografía, que sólo lleva unos meses trabajando. Cruzamos el pasillo hasta llegar al otro extremo y bajamos la escalera. En un rincón olvidado queda la guardería de niños huérfanos. Tun está sentada contra la pared, con las piernas cruzadas, leyendo un cuento a dos pequeños enfermos de sida. Nos sentamos junto a ella, nos saluda con la mirada y continúa leyendo hasta que termina la historia. Saco la fotografía que tomé el día que vi a Vothy por última vez y se la muestro.

—*Sinpelo...* —suspira Tun clavando la mirada en la imagen.

Guarda silencio unos segundos, echa la cabeza hacia atrás, sus ojos empiezan a humedecerse y al cerrarlos, apretando con fuerza sus pestañas, una lágrima empieza a deslizarse por su mejilla.

—Murió —dice, estallando en un sollozo desconsolado.

No, los medicamentos antirretrovirales que estaban salvando a los enfermos de sida en la clase preferente de ese Titanic que describía el doctor Richner no habían llegado a los pasajeros de tercera clase de Camboya. Ni las grandes multinacionales farmacéuticas, ni los Gobiernos occidentales que tanto hicieron por arruinar este país, ni por supuesto el Gobierno local, cuyo primer ministro vive protegido por tanques en la mansión más grande del sureste asiático, han hecho nada por salvar a los pacientes del *hospital ruso*. Las medicinas de Vothy podían esperar.

Tun siguió llevando a *Sinpelo* al hospital del doctor Richner durante varios meses, haciendo cola desde las seis de la mañana para conseguir las vitaminas que mantenían alerta sus defensas. Todo fue bien hasta que Tun tuvo que marcharse varias semanas al campo a visitar a su familia. En su ausencia, nadie en el hospital se preocupó de llevar a Vothy a ver al médico suizo. La niña dejó de tomar las medicinas y empezó a debilitarse a la vez que seguía cuidando de su madre y descuidando su propia enfermedad. Cuando Tun regresó al hospital ya era demasiado tarde. Vothy yacía moribunda, con tuberculosis, junto a Sokgan. Su diminuto cuerpo se había llenado de llagas y su aspecto físico se había deteriorado, haciéndose poco a poco más parecido al de su madre. Tun corrió por los pasillos, gritó a las enfermeras e insultó al único médico que encontró de guardia.

—No podíais llevarla, ¿verdad? Tenías que dejarla morir así. No os importa lo que le ocurra a esta gente...

Me costaba entender que Vothy hubiera muerto antes que su madre. Yo mismo las había visto, una llena de vida y alegría; la otra consumida físicamente y atrapada entre los deseos encontrados de poner fin a su agonía y el más natural de querer sobrevivir a su hija. El padre, Kong Thai, había dejado de traer mangos para la cena y de

colarse en la cama para hacerle el amor a lo que quedaba de su mujer. Todo el mundo le dio por muerto y nadie volvió a preguntar por él. Sokgan no sentía ya nada bueno por su conductor de *rickshaw*, pero cuando dejó de presentarse en el hospital pensó que su marcha dejaba a Vothy un poco más sola y hacía aún más difícil su deseo de dejarse marchar. Quizá por eso hizo un último esfuerzo y aguantó unas semanas más.

La luz de los ojos de Vothy se fue apagando y, en sus últimos momentos, supo con más certeza que nunca que los pacientes que dejan el *hospital ruso* no se marchan a ningún sitio. Su pecho se convirtió en una inmensa mancha negra, miraba asustada a su alrededor y sólo encontraba a su madre. Vothy y Sokgan asistieron a su agonía mutua abrazadas en el catre donde habían vivido los últimos meses, esperando el final, sin fuerzas para decirse ya nada más. Al igual que Camboya, nunca habían sido dueñas de su destino. O quizá lo habían sido, en ese último momento, cuando Sokgan consiguió aferrarse a la vida un poco más que su hija e invertir el turno de su adiós de la misma forma que el monzón invierte el curso del *Río de las Memorias Tristes*.